

en el año mil novecientos diez, cuando la  
 revolución en México,  
 las entonces consideradas enormes  
 huelgas del Sarre y Liverpool,  
 suelto el acre humo de los incendios de  
 la Semana Trágica de Barcelona,  
 mientras los poderosos **trusts** empezaban  
 a proyectar la construcción de  
 los primeros y bellísimos  
 aeroplanos en serie  
 le cara ya al negocio que hoy se llama la  
 Primera Gran Guerra,  
 en diecinueve de diciembre, oigan, al caer  
 Sagitario, en el umbral de un  
 invierno que cuentan fue muy  
 duro  
 —su signo, el fuego; su planeta, Júpiter;  
 energía y sapiencia—  
 en el campamento militar de Columbia,  
 al otro lado del río Alendrades,  
 casi en la misma Habana,  
 nació un niño al que luego, entre oraciones,  
 alegría de turno y tibias aguas  
 imposieron los nombres de José, de María,  
 de Andrés y de Fernando.  
 Era su padre el coronel Lezama y Rodda,  
 ingeniero artillero que murió en Fort  
 Barrancas, Pensacola, de unas  
 fiebres malignas,  
 y su madre la dulce Rosa Lima y Rosado,  
 hija de una familia que luchó muchos años  
 cuando la independencia de la  
 Colonia, y conoció el exilio,  
 y comió el duro, amargo y negro pan del  
 desterrado.

Ah, qué fácil resulta decir ahora que el  
débil muchacho que ha crecido  
como una inmensa ceiba  
y que mientras escribe alivia los tabacos  
interminablemente,  
se formó, ya en sus juegos en los patios  
traseros de cuarteles y sofocantes  
explanadas,  
bajo aire y disciplina militar, viendo los  
ejercicios de aquellos soldaditos  
medio West-Point y medio de  
zarzuela,  
en los días insólitos de una República  
alegre y confiada.  
Pero no ocurrió así y hoy Lezama conserva  
tan sólo de su infancia  
el singular recuerdo de una hermosa  
retreta floreada, de un desfile  
brillante en medio de señoras  
con loro y abanico,  
o una imagen de crines y banderas que en  
su memoria ondean todavía.  
Muerto el padre, el muchacho y su familia  
se trasladan al domicilio de la  
abuela materna,  
y allí viven diez años entre libros, jarrones,  
mecedoras y un amor torturante  
por su reino perdido,  
mientras se agrava el asma que el chico  
sufre desde que iba en pañales.  
Así comienza a leer, en las convalecencias  
con olor a eucaliptus y miel  
virgen,  
toda clase de obras, desde el Quijote a La  
Isla del Tesoro,  
y cuando cede el asma, con cartera y  
plastrón y zapatos de un negro  
de ala de aura,  
como buen bachiller, estudia silogismos y  
ecuaciones de segundo grado  
en tanto que la Europa de entreguerras  
baila furiosamente el charlestón,  
y en Norteamérica crecen enormes las  
colas delante de los primeros  
cines.



Años después, el veintinueve, de intausta  
y cruel memoria para el mundo  
cristiano —no lo olviden, el  
**crac—**,

el joven y su madre habitan nueva casa  
en una dirección que hoy conocen  
hasta los gatos más tontos de la  
isla:

calle de Trocadero 162, Habana Vieja.

Habana Vieja, vida nueva y vuelta a  
comenzar con la estrechez y el  
asma

y estudios de leyes en la Universidad, en  
donde participa del lado de la  
muerte, como él dijo,

en la rebelión contra el gobierno de  
Machado.

Por ese tiempo le alcanza, como un rayo de  
luz, entre las mil lecturas de  
otros clásicos,

el cuchillo de Góngora, que punza, hiere y  
ordenando coloca jerarquías;

después siguen Rimbaud, Mallarmé,  
Valery, el gigantesco Proust y  
también Lautremont,

y el repaso y rescate de los poetas de  
Cuba, desde el hondo y remoto  
Silvestre de Balboa,

hasta el vaso violeta de Julián del Casal;  
y también Eliot, Pound y especialmente  
Juan Ramón Jiménez

con el que departió largamente cuando  
su viaje a la isla.

Lezama, ya convicto y confeso de poeta,  
mientras sigue estudiando en  
los cafés

y gasta el pavimento de las mil librerías de  
viejo de su barrio,

inicia la era de las fundaciones: las  
revistas **Verbum**,

**Espuela de plata** y **Nadie parecía**, del año  
treinta y siete hasta el cuarenta  
y cuatro.

El poeta, ahora graduado, trabaja en un  
bufete y ha publicado **Muerte  
de Narciso**,

**Enemigo rumor** y los espléndidos poemas  
que forman **Aventuras sigilosas**,  
cuando, junto a José Rodríguez Feo,  
emprende la obra poética más  
temeraria y lúcida que se vio en  
el Caribe

que es imprimir la joya repetida que fue  
**Orígenes** en sus cuarenta  
números:

toda la poesía del mundo en unas cuantas  
páginas.

Más tarde escribe **La fijeza**, con el gran  
mulo rapsodiado y el invisible  
arco de Viñales,

y rompiendo clausuras salta tierra adentro  
hasta un México que tanto  
conocía sin salir de su casa,

y enseguida comprueba en otro viaje que  
era cierta su imagen de Jamaica  
como una isla de sueño y  
podredumbre.

Escribe prodigiosos ensayos, come como un  
caimán y lee más que nunca  
—oh endriago reposado,  
ballenato de amor, cómo lo  
haría—

y van apareciendo los primeros capítulos  
de **Paradiso**, que abrasan el  
papel bajo su pluma y a él  
mismo purifican.

Pero en medio de todo, Lezama huele el  
aire cargado de presagios,

adivina que está por terminar el banquete  
siniestro de los años cincuenta,

y sabe que un país sometido sólo alcanza  
el triunfo si le mueve a pelear  
la dignidad,

porque el hambriento sigue comiendo de  
su hambre y el miserable traga  
los desperdicios y agradece la  
mano que la humilla,

pero el loco, el poeta, ese combate y vence  
por amor.

Después de los años terribles de furia y de  
cadáveres tendidos en los parques



va por la calle Trocadero pasan los primeros  
barbudos entre palomas y  
banderas,  
seguidos de muchachos, de viejos, de  
mulatas y negros relucientes y  
bellísimos,  
él comprende muy pronto que su sitio  
está allí, en la Habana Vieja,  
con su libreta de racionamiento y su asma,  
con todo el amor que ha acumulado por  
esa isla terrible y hermosa que  
es su patria  
a la que tantos negarán más tarde al  
conocer su verdadero rostro.  
allí sigue, leyendo y escribiendo entre  
grandes montones de papeles,  
y ya nadie, ni el que se fue ni el que se  
queda y miente,  
ni el que no comprendió y aún sigue sin  
ver claro,  
podrá hacer que equivoque el camino o  
confunda la historia,  
historia que algún día sus amigos deberán  
celebrar  
con un festín de quince o veinte platos y  
vinos increíbles  
en homenaje al poeta que alivia los tabacos  
interminablemente,  
al mago, al terco mulo, al asmático insigne,  
al ruiñeñor barroco que nació el año diez,  
al caer Sagitario,  
en el umbral de un invierno que cuentan fue  
muy duro, amor, amor.

José Agustín  
Goytisolo

95